



## LA EMPERATRIZ EUGENIA ANTE LA GUERRA DE CRIMEA: LA POSIBLE INTERVENCIÓN ESPAÑOLA

EMPEROR EUGENIA IN THE FACE OF THE CRIME WAR: THE POSSIBLE  
SPANISH INTERVENTION

ANTONIO MANUEL MORAL RONCAL

*Universidad de Alcalá*

### RESUMEN

Durante la guerra de Crimea (1853-1856), el gobierno español fue invitado, en repetidas ocasiones, por las potencias aliadas -Francia y Gran Bretaña- a sumarse a su acuerdo militar y diplomático contra el Imperio ruso. En este contexto, la emperatriz Eugenia intentó que su cuñado, el duque de Alba, realizara una delicada y secreta misión no oficial: conocer la reacción del gobierno de Madrid si Francia le presentaba la oferta de organizar un cuerpo de voluntarios españoles con destino a Crimea. Ante el fracaso de esta gestión, algunos historiadores, como Jean des Cars, menospreciaron la capacidad de la elite política española del momento, a diferencia de la del reino de Piamonte-Cerdeña. Sin embargo, debe tenerse en cuenta otros factores -económicos, sociales y militares- que explican ese fracaso, al igual que la mayoría de las presiones que, antes y después, ejercieron los aliados sobre España.

**Palabras clave:** Siglo XIX, Guerra de Crimea, Emperatriz Eugenia, duque de Alba, neutralidad española, Leopoldo O'Donnell.

### ABSTRACT

During the Crimean War (1853-1856), the Spanish government was repeatedly invited by the Allied powers - France and Britain - to join their

military and diplomatic alliance against the Russian Empire. In this context, Empress Eugenie tried to have her brother-in-law, the Duke of Alba, carry out a delicate and secret unofficial mission: to know the reaction of the Madrid government if France presented him with the offer to organize a brigade of Spanish volunteers bound for Crimea. Given the failure of this administration, some historians, such as Jean des Cars, belittled the ability of the Spanish political elite of this moment, unlike that of the kingdom of Piedmont-Sardinia. However, other factors must be taken into account - economic, social and military - that explain this failure, as well as most of the pressures that, before and after, the allies exerted on Spain.

**Keywords:** 19th century, Crimean War, Empress Eugenie, Duke of Alba, Spanish neutrality, Leopoldo O'Donnell.

## LA GUERRA: UNA ESCUELA DE APRENDIZAJE DIPLOMÁTICO

Desde muy pronto, el emperador Napoleón III inició a su esposa en los asuntos de política exterior, mostrándole y comentando con ella los correos de los agentes diplomáticos, las notas de los embajadores, los informes del ministro de Relaciones Exteriores. En ciertas ocasiones, la invitó a los consejos de ministros centrados en este tipo de asuntos, ya que los propios de política interior le fueron vedados. La emperatriz, de esta manera, se convirtió en una leal colaboradora de su marido, siguiendo la evolución de los problemas y los ritmos de las relaciones internacionales, el abanico de sus posibles derivaciones y los intereses que convenía defender a Francia. Napoleón III tuvo fama de ser un experto en el manejo de la ambigüedad política, por lo que también inició a su esposa en el secreto, la metáfora, la prudencia y el uso de los silencios.

Eugenia tuvo que construir su identidad como emperatriz encajando varias piezas, para lograr un puzzle compacto y respetable. Debía asumir sus deberes como anfitriona de la vida cortesana -reflejo del poder y popularidad del Imperio<sup>1</sup>-, proporcionar un heredero a la dinastía, acompañar públicamente a su

---

<sup>1</sup> Para Napoleón III, la corte debía ofrecer a los franceses, y al resto de naciones, un espectáculo brillante y abierto, que representara fielmente la grandeza y el prestigio de Francia. Además, debía acrecentar el mismo, haciendo de París el punto de mira de Europa e incluso del mundo. Resultaba por ello indispensable evitar la etiqueta clásica tradicional basada en la exclusión, donde el papel de la emperatriz, como anfitriona y organizadora, resultaba clave. William SMITH, *Eugenia de Montijo*, Madrid: Espasa-Calpe, 1990, p. 66. Sobre la corte francesa existe una interesante bibliografía entre la que destacan Jacques Olivier BOUDON (dir.), *La cour impériale sous le Premier et Second Empire*, Paris: SPM, 2016; Xavier MAUDUIT, *Le ministère du faste: la Maison de l'empereur Napoléon III*, Paris: Fayard, 2012; Charles Éloi VIAL, *Les deniers feux de la Monarchie. La cour au siècle des révolutions, 1789-1870*, Paris: Perrin, 2016.

marido como discreta consorte<sup>2</sup> y aprender a manejar el disimulo y la prudencia, necesarios para evitar mostrar sus verdaderos sentimientos y opinión.

Desde el principio de su régimen, Napoleón III concibió su política exterior como una herramienta decisiva para restaurar el prestigio francés en Europa, al mismo tiempo que intentaba destruir el orden europeo diseñado por el Congreso de Viena, liderado por los vencedores de su tío y antecesor en el trono imperial. Pero su plan no debía alarmar a Gran Bretaña, por lo cual siempre procuró un entendimiento con Londres, evitando el conflicto bélico con tan cercana potencia.

A mediados del siglo XIX, los Santos Lugares de Jerusalén se encontraban confiados a católicos latinos, bajo la protección de Francia, y a cristianos ortodoxos, bajo la del zar de todas las Rusias. Pero era el Imperio otomano quien realmente controlaba el territorio, cuyo sultán mostró su apoyo a los católicos en algunos conflictos derivados de esa custodia, lo que provocó los recelos y protestas de Moscú. En esta política de conservación de los intereses católicos en Oriente, Napoleón III tuvo el apoyo de la emperatriz, ferviente creyente muy preocupada por el avance de los ortodoxos en Tierra Santa.

Por su parte, el zar Nicolás I deseaba aumentar la presencia rusa en el Mediterráneo, por lo que le resultaba clave el dominio del estrecho de los Dardanelos, donde se situaba Constantinopla, la capital de los Otomanos. La posición de la diplomacia británica y francesa se mostró contraria al crecimiento del comercio y de la influencia rusa en el Próximo Oriente, lo que aumentó la tensión internacional.

Rusia envió un ultimátum a Constantinopla exigiendo máxima capacidad de intervención, sin límite alguno, en defensa de los súbditos ortodoxos del Imperio otomano. Solicitud claramente desmedida que provocó la negativa diplomática y el comienzo de un posible enfrentamiento bélico, pero el zar creyó contar con suficientes fuerzas y con la colaboración del Imperio austríaco. El sultán intentó evitar la guerra, pero le resultó imposible, bien porque, con el acuerdo, su Imperio hubiera sido rebajado a la categoría de vasallo ruso, bien por las protestas y alzamientos musulmanes en todo su territorio, que exigieron la contestación de las armas al desafío ruso. De haberse negado a escuchar esa protesta social, el sultán posiblemente hubiese sido derrocado. El 30 de junio los rusos ocuparon el Danubio.

Días antes, el gobierno español analizó, por primera vez, la crisis de Oriente, ante la cual se mostró partidaria de una estricta neutralidad, aunque decidió en-

---

<sup>2</sup> Para aumentar sus lazos con la sociedad francesa, los emperadores emprendieron viajes y giras por las provincias, como anteriormente había realizado Luis Napoleón cuando era presidente. Esa presencia imperial, capaz de unir más estrechamente al pueblo con su soberano, implicaba a Eugenia y su perfil público. William SMITH, *Eugenia...*, p. 67.

viar a un militar de prestigio, al frente de una comisión que debía actuar como observadora en el Imperio Otomano, siendo elegido el general Juan Prim<sup>3</sup>. Asimismo, por cuestiones meramente de prestigio, el gobierno decidió que el pabellón nacional no podía quedar marginado en el asunto de los Santos Lugares, por lo que elevó a la reina Isabel II un decreto a su firma por el cual España se afirmaba como protectora de las fundaciones piadosas de Palestina<sup>4</sup>.

La guerra contra Rusia fue finalmente declarada, no iniciándose el período de hostilidades hasta el 19 de octubre de 1853. Los rusos ocuparon los principados rumanos de Valaquia y Moldavia, aunque una flota franco-inglesa comenzó a llegar a los Dardanelos, preparada para asumir la declaración de guerra de sus gobiernos. Sin embargo, Napoleón III intentó, inicialmente, localizar el conflicto, asumiendo el papel de mediador entre las potencias enfrentadas, calmando incluso los temores de Londres a una expansión rusa. De lograr acabar con la guerra, su prestigio como árbitro de las relaciones internacionales hubiera aumentado, pero su plan se deterioró el 30 de noviembre cuando la flota otomana fue hundida en la batalla de Sinopía, en el mar Negro. Finalmente, su proyecto de destruir el orden creado en 1814 sin necesidad de acción bélica alguna fracasó, por el hecho de que ninguna de las potencias implicadas se prestó a desempeñar el papel que el emperador francés había esperado de ellas: en vez de celebrar una conferencia que evitara la guerra, todo se precipitó hacia ella<sup>5</sup>.

Las noticias de las derrotas otomanas ya habían sido previstas por el gobierno español, que había manifestado su temor a que, como consecuencia de las mismas, Constantinopla obligara a los cristianos sometidos de su territorio a luchar, enviándoles al frente obligatoriamente. En ese caso, Madrid no podía

---

<sup>3</sup> Sus impresiones fueron editadas en Juan PRIM, *Memoria sobre el viaje militar a Oriente presentada al gobierno de Su Majestad*, Madrid: Imprenta de Tejado, 1855. Sobre la actuación del general, que participó en acciones del ejército otomano, ver Alfredo REDONDO y Daniel PIÑOL, “El general Prim en la guerra de Crimea, 1853-1854” en Francisco José Corpas et al. (dirs.), *La era isabelina y la revolución, 1843-1875. Actas de las XII Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Madrid: Cátedra general Castaños, 2009, p. 120-137. Prim no sólo informó a sus superiores sino a otros personajes, como el duque de Riansares, marido de la reina madre María Cristina de Borbón. Ver su carta de 10 de octubre de 1853 en Archivo Histórico Nacional [AHN] Familias, 3545, leg. 9, exp. 48.

<sup>4</sup> María Teresa MENCHÉN, “La neutralidad española ante la guerra de Crimea”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 4 (1983) p. 79-117 [87]. Sobre la posición de España existe un análisis anterior de Luis MARIÑAS OTERO, “España ante la guerra de Crimea”, *Hispania*, vol. 26, n. 103 (1966), p. 410-446. Sobre el conflicto me remito a Orlando FIGES, *Crimea. La primera gran guerra*, Barcelona: Edhasa, 2018; Francisco Javier GONZÁLEZ MARTÍN, “La guerra de Crimea y la Paz de París (1852-1856)”, *Historia 16*, 373 (2007) p. 78-97; Emilio DE DIEGO, “La guerra de Crimea: la segunda gran remodelación internacional del ochocientos” en Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de Pazzis (dirs.), *La guerra en el arte*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2017, p. 585-611.

<sup>5</sup> Para Smith, la diplomacia napoleónica intentó lograr sus objetivos mediante el arbitraje y las reuniones internacionales, pero para Des Cars, la intención de Napoleón III fue lograr ese objetivo aunque fuera a costa de la declaración de guerra entre grandes potencias. William SMITH, *Eugenia...*, p. 82; Jean des Cars, *Eugenia de Montijo, la última emperatriz*, Barcelona: Ariel, 2003, p. 182-187.

mantenerse ajeno al proteger conventos en Palestina donde vivían religiosos españoles, que podrían verse envueltos en una horrible catástrofe y a los que no se podía abandonar sin incurrir en una grave responsabilidad por imprevisión o por impotencia. Se decidió el envío de un ministro plenipotenciario a Constantinopla, un cónsul a Jerusalén y tres buques, dirigidos uno al primer puerto y dos a Jaffa, con la misión de proteger la legación, consulados y religiosos españoles. Al mismo tiempo, para evitar una protesta diplomática con Francia -al considerarse la protectora de los Santos Lugares- se acordó informar detalladamente a su gobierno y al otomano del sentido de tales medidas y el propósito de España de mantener una estricta neutralidad en la guerra<sup>6</sup>.

Por otra parte, si bien Madrid realizó esfuerzos para aclarar su posición ante los gabinetes de Londres, París y Constantinopla, no quiso nunca encontrarse en una posición incómoda con San Petersburgo. Rusia era la principal proveedora de trigo de España y, si bien no existían oficialmente relaciones diplomáticas, se mantenía las comerciales a través de un consulado español en Odessa<sup>7</sup>.

En un último intento de conciliación, a finales del mes de enero de 1854, Napoleón III envió una carta personal al zar, que le contestó altivamente: “*Rusia se mostrará en 1854 como lo hizo en 1812*”. A partir de entonces, mientras la prensa británica divulgaba que la derrota naval otomana era considerada por el primer ministro Palmerston como propia, los preparativos para la guerra se consolidaron. Austria, contra las esperanzas rusas, se declaró neutral, exigiendo al zar la evacuación de las provincias danubianas que había invadido, mientras Prusia emite débiles quejas contra las ambiciones británicas. España comenzó a temer dificultades para conciliar su deseo de estar presente en la zona -justificada por la defensa de sus ciudadanos católicos- con su política de neutralidad, sin renunciar a los beneficios comerciales que de esta situación pudieran resultar. Neutralidad, no obstante, no declarada oficialmente, lo que

---

<sup>6</sup> La importancia de la cuestión religiosa es clave para entender la guerra de Crimea, calificada como “la última cruzada” por Orlando Figes en su estudio anteriormente citado. Como ha señalado Jordi Canal, aunque con el paso de los meses tendiera a olvidarse, el conflicto comenzó con la disputa en Tierra Santa entre católicos y ortodoxos por el control de las iglesias del Santo Sepulcro de Jerusalén y de la Natividad de Belén. Y es que numerosas pasiones religiosas acumuladas se encontraban en la base de ciertos problemas del siglo XIX. Todos los países participantes llevaron en un momento u otro la religión a los campos de batalla. Para el zar Nicolás I se trataba, en concreto, de una guerra religiosa, de una guerra santa para liberar a los ortodoxos del dominio musulmán. El escritor Dostoievski calificó la guerra de Crimea, en este mismo sentido, como “la crucifixión del Cristo ruso”. En este marco internacional, la posición española no resultó anacrónica, como una lectura simplista y presentista la calificaría en nuestros días. Y es que el presentismo, desgraciadamente, ejerce una influencia todavía notable en nuestra Historia contemporánea como denuncia Guillermo GORTÁZAR (ed.), *Bajo el dios Augusto. El oficio de historiador ante los guardianes parciales de la Historia*, Madrid: Unión Editorial, 2017.

<sup>7</sup> Luis MARÍNAS OTERO, “España ante...”, p. 420.

lord Howden, ministro plenipotenciario británico en Madrid, recordó al gobierno español a comienzos del mes de marzo. Se le contestó asegurando que España mantendría la neutralidad escrupulosamente<sup>8</sup>.

En varias cartas que Eugenia escribió a su hermana, duquesa de Alba, se desveló que su marido había quedado tan absorbido por la llamada Cuestión de Oriente, que había decidido encerrarse en su gabinete con sus ministros, rodeado de notas y correos, sin tiempo siquiera para almorzar con la emperatriz<sup>9</sup>. No obstante, ella se encontraba cada vez más al corriente de las posiciones oficiales, de las últimas negociaciones secretas. Y en sus actividades sociales -como el baile de mascarar del 18 de febrero con más de seiscientos invitados-, en sus conversaciones con los diplomáticos y políticos, procuró desarrollar el disimulo, negándose a manifestar cualquier opinión personal, directa o efectiva, que constituyera una indiscreción, desde que había sido conocido su apoyo a los católicos de Oriente. Ningún agente extranjero debía acusarla de indiscreta por revelar secretos oficiales o de opinar sobre asuntos que no le eran propios como esposa del emperador<sup>10</sup>. Eugenia, en sus cartas a su hermana, se mostró muy inquietada por la inminencia de la guerra, la cual le preocupaba.

“Dentro de unos días salen las tropas. No te puedes figurar el efecto que hace de pensar que esos hombres robustos, llenos de vida, que marchan llenos de esperanza, no volverán, muchos de ellos, a ver su patria ni su familia.

Te aseguro [desde aquí en francés] que cuando considero la guerra bajo este punto de vista, me da horror y que siento cada soldado como si fuese mi propio hijo. Sin embargo, estoy contenta de la guerra, pues al punto a que habían llegado las cosas es un bien.<sup>11</sup>”

<sup>8</sup> María Teresa MENCHÉN, “La neutralidad española...”, p. 94-98.

<sup>9</sup> “*Mi marido me encarga te dé también los días; pero, como te puedes figurar, no tiene tiempo ni para almorzar, con los asuntos de Oriente. Yo he tenido también mucho que hacer estos días y lo que te puedo asegurar es que no son cosas divertidas*”. Carta fechada el 25 de enero de 1854, en *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*. Prólogos del duque de Alba y de Gabriel Hanotoux. Guión biográfico, comentarios y notas de Félix de Llanos y Torriglia. Traducción de Fernando Paz. Barcelona: Iberia, 1944, p. 160.

<sup>10</sup> La discreción política de Eugenia es tema debatido por varios historiadores, ya que su capacidad de discernir formó parte de su imagen pública y, para bien o para mal, de la pareja imperial. Smith, citando las memorias del embajador de Austria, señala que la emperatriz mantenía más fácilmente la prudencia en los actos oficiales y de etiqueta, pero cuando se relajaba el ambiente que la rodeaba, se hacía más íntimo y amistoso, era incapaz de mantener una actitud distante y altiva, puesto que no le parecía indispensable. Para Des Cars, en cambio, Eugenia manejó los tiempos, las distancias y las palabras en numerosas ocasiones, confundiendo al propio embajador austríaco por esos años. William SMITH, *Eugenia...*, p. 69-70, cita las memorias del conde HUBNER, *Neufs ans de souvenirs d'un ambassadeur d'Autriche à Paris*, París: Plon, 1904; Jean DES CARS, *Eugenia de Montijo...*, p. 183-191.

<sup>11</sup> Carta a la duquesa de Alba, 22 de febrero de 1854. *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 163.

Como se señala, estas últimas líneas las redactó en francés, aunque luego pidió perdón por mencionar esta atmósfera a su hermana, a quien le disgustaba la política<sup>12</sup>. Mientras tanto, en Europa la tensión internacional aumentaba diariamente y el día 27, París y Londres enviaron un ultimátum a Moscú, en un momento en que las dificultades internas eran graves, ante la insuficiencia de la última cosecha de trigo.

El 12 de marzo, Francia y Gran Bretaña prometieron al sultán el envío de un ejército, pero, al mismo tiempo, Napoleón III anunció medidas de apoyo frente al desabastecimiento de trigo -como había escrito Eugenia a su hermana-, entre las cuales destacaron una subida de salarios y la creación de sociedades de crédito. El día 27, el ministro de Estado leyó ante el Cuerpo Legislativo la declaración de guerra a Rusia y, al día siguiente, Gran Bretaña hizo lo mismo. A principios del mes de abril, los emperadores recibieron en las Tullerías al duque de Cambridge, primo de la reina Victoria, y a lord Raglan, general en jefe del ejército británico, el cual estaba formado por 25.000 soldados que, junto a los 30.000 franceses, se dirigieron hacia los Dardanelos. Los principados rumanos fueron abandonados por el ejército del zar, lo que aprovecharon turcos y austriacos para ocuparlos. De esa manera, los objetivos oficiales de la guerra fueron alcanzados en poco tiempo: los principados volverían a dominio otomano y el Imperio ruso quedaba derrotado. Pero ni Londres ni París deseaban finalizar de esta manera el conflicto, ya que los británicos buscaban acabar con la influencia rusa y los franceses alcanzar una gran victoria con la que coronar la guerra, justificar el esfuerzo nacional y consolidar el régimen imperial. Ésta debía de continuar, aun con la disconformidad de Viena<sup>13</sup>.

El 4 de septiembre de 1854, las tropas francesas se embarcaron hacia la península de Crimea, el siguiente objetivo de los aliados, en el mar Negro. Días más tarde, se logró una gran victoria sobre los rusos en la batalla del río Alma que animó a las tropas franco-británicas a avanzar sobre la ciudad de Sebastopol, donde comenzaron a sitiarse. En Francia, Napoleón III presidió maniobras militares donde participaron más de 70.000 soldados. Eugenia tomó parte en los movi-

---

<sup>12</sup> En otra misiva también aludió a esa opinión de su hermana. “*Como no hablo más que de cosas serias, me he hecho seria también. Me dan tantos consejos, que yo, de rechazo, te los doy a ti, y puedes darte por satisfecha de que no te hable de la cuestión de Oriente!!!*”. Carta a la duquesa de Alba, fechada como “primavera de 1854”. *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 164.

<sup>13</sup> El 4 de abril de 1854, Gran Bretaña, Austria, Prusia y Francia firmaron el protocolo de Viena por el que se comprometían a estudiar la forma de frenar el conflicto, manifestando su voluntad de lograrlo con el mantenimiento territorial del Imperio Otomano, la evacuación de los principados rumanos y la consolidación de los derechos religiosos y civiles de los súbditos cristianos del sultán. El 10 de abril Francia y Gran Bretaña firmaron otro por el que ambas potencias se obligaban a lograr las garantías para evitar la repetición de las complicaciones que habían ocasionado la presente crisis. María Teresa MENCHÉN, “La neutralidad española...”, p. 103.

mientos de caballería -en lo que llamó “pequeña guerra”- que llegaron a agotarla, como escribió a su hermana:

“La pequeña guerra ha sido soberbia; pero yo estaba medio muerta: he pasado casi siete horas a caballo, lo que era demasiado no habiendo montado desde hacía casi un año. Pero una vez principiado había que llegar al fin, y como veía las caras simpáticas de los soldados mirarme sonriendo, cuando pasaba, me sentía bien pagada por mi cansancio.<sup>14</sup>”

Tras la batalla de Balaclava, el frente de trincheras se consolidó sin avances, con la esperanza de Moscú de que, al igual que en 1812, el invierno ayudara a las tropas rusas en detrimento de los invasores. En París, la oposición al régimen anunció la disolución del mismo, pues “*el imperio era la derrota*”. El escritor Víctor Hugo comentó que el emperador comenzaba su reinado en 1812, cuando declinó el de su tío. Por su parte, la emperatriz decidió ayudar en tareas de intendencia, al igual que numerosas mujeres de la época, ya que era un espacio que el poder masculino cedía con facilidad en los casos de guerra. Eugenia se afanó, junto al ministro de la Guerra, en organizar el envío a los soldados franceses de 100.000 cinturones de franela, 60.000 capotes con capucha, 15.000 gabanes de piel de cordero, zapatillas y guantes de lana para el temido invierno.

El 3 de diciembre, Napoleón III recibió un telegrama, desde la embajada francesa en Viena, donde se aseguraba que el emperador de Austria estaba considerando seriamente la declaración de guerra a Rusia y su entrada en el conflicto bélico. El embajador austriaco mostró su contento y apoyo abrazando a Eugenia, lo que provocó su asombro. Sin embargo, el representante de Viena desconocía que la emperatriz iba a aumentar su implicación en la guerra de Crimea con una acción secreta y muy delicada: el proyecto de reunir una legión de voluntarios españoles que debía unirse a las tropas aliadas.

## LA EMPERATRIZ Y SUS DESEOS DE POTENCIAR LA IMAGEN DE ESPAÑA

Eugenia se mostró muy preocupada, en sus cartas a los duques de Alba, por la situación española, sobre todo tras el movimiento revolucionario del verano de 1854. El mismo tuvo dos tiempos: una revuelta liberal-moderada, acaudillada por Leopoldo O’Donnell, con la intención de acabar con un gobierno del conde de San Luis, acusado de corrupción, y evitar la llegada al poder de los liberales progresistas. Ese proyecto giró en torno a un pronunciamiento -la Vicalvarada de 28 de junio- que fracasó y que concluyó con el Manifiesto de Manzanares el 7 de

<sup>14</sup> Carta a la duquesa de Alba, Boulogne, 25 de septiembre de 1854. *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 169.



julio que, entre otras interpretaciones, constituyó una llamada a los progresistas. La segunda fase giró en torno, precisamente, al protagonismo de éstos últimos que recogieron el guante, sucediéndose en las siguientes semanas alzamientos provinciales y urbanos, que exigieron el nombramiento del general Espartero como presidente del gobierno. De esta manera, los acontecimientos que se habían desencadenado inicialmente para evitar una revolución progresista, acabaron por dirigir la desembocadura del poder hacia ese partido político. Para Eugenia, la situación era grave:

“No hay que hacerse demasiadas ilusiones; España pasa por un momento decisivo del que sólo puede resultar: o su salvación por la revolución, o su pérdida total por la división de todas las provincias, movida cada una por un partido diferente.

Lo que más me asusta de tu carta es el llamamiento a don Ramón<sup>15</sup>: están las cosas demasiado avanzadas para que, ni él mismo, las detenga. Se desgastará en esfuerzos impotentes.

Para salvar la situación habría que ir más deprisa que la misma revolución: ser más liberal que la Constitución, para alejar de todo el mundo la idea de absolutismo, que tanto ha espantado al país.<sup>16</sup>”

¿Eran ideas de Eugenia o los consejos de su marido? Lo cierto es que la carta no fue dirigida a su hermana sino a su cuñado, lo que resulta significativo. Jacobo Fitz-James Stuart (1821-1881), XV duque de Alba, había contraído matrimonio en Madrid, el 14 de febrero de 1848, con María Francisca Palafox Portocarrero y Kirk Patrick, XII duquesa de Peñaranda y hermana mayor de Eugenia de Montijo, con la que tuvo tres hijos. Al ser elegido diputado por el Partido Moderado, en varias ocasiones, su círculo de conocidos y amistades políticas resultaba apreciable para la emperatriz<sup>17</sup>. Incluso, tal vez deseaba que el duque comunicara esas ideas a la propia reina Isabel II y a su círculo cortesano, al que tenía acceso como Grande de España, puesto que había llegado hasta París el rumor de que los revolucionarios podían plantear un cambio de dinastía, aunque Eugenia se preguntaba de dónde provendría la nueva.

---

<sup>15</sup> Alusión a Ramón María Narváez, general y líder del Partido Moderado, que había gobernado y sostenido el trono en los difíciles años 40. En esa misma carta, sugiere que Narváez podría volver al poder, pero más tarde, confiando en su comprensión de los hechos y prudencia, lo que efectivamente ocurriría después, el 12 de octubre de 1856. Su mejor biografía es la de Ramón SALCEDO OLID, *Ramón María Narváez (1799-1868)*, Madrid: Homolegens, 2012.

<sup>16</sup> Carta al duque de Alba, 18 de julio de 1854, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 166.

<sup>17</sup> Fue diputado en las elecciones de 1846 y 1850 por La Coruña, y en las de 1851, 1853 y 1857 por Madrid. Congreso de Diputados, índice histórico de diputados, [www.congreso.es](http://www.congreso.es), consultado el 17 de febrero de 2020.

“Después de todo, más vale la reina; su situación, si la quiere comprender, es de permanecer reina constitucional, en toda la acepción de la palabra, sin la menor sombra de poder, y procurar gobernar el país con dos Cámaras, calçadas de Inglaterra, y un Ministerio responsable.<sup>18</sup>”

Un sabio consejo para la supervivencia de Isabel II en el trono. Crítica con la figura del presidente del gobierno, conde de San Luis y sus ministros, cuya actuación había llevado a la revolución, Eugenia aconsejó a su cuñado que, junto a otros miembros de su partido, se prepararan para competir en las elecciones que, inevitablemente, vendrían en algún momento. Su único consuelo era que España estaba geográficamente situada de tal manera que, a pesar de sus continuas revueltas políticas, no podía ser invadida ni repartida, como había ocurrido, según escribió en esa misma misiva, con Polonia. Aseguró al duque de Alba que su marido compartía su opinión y no deseaba mezclarse en los acontecimientos españoles.

Finalmente, si bien el papel de O'Donnell como sublevado no fue demasiado brillante, aún contaba con partidarios en la capital que podían esgrimir el hecho de ser el autor de la primera iniciativa de la revolución de 1854, y, sobre todo, dispuso de una baza que resultaba imposible ignorar: la fidelidad de la mayor parte de los mandos militares. Incluso los oficiales moderados tuvieron que aceptar su presencia en el gobierno, si no querían un monopolio absoluto de los progresistas. La ayuda que no tuvo O'Donnell en la Vicalvarada fue apreciada por Espartero y, en un gesto calculado, el día que volvió su compañero de armas a Madrid, le recibió efusivamente, saliendo ambos en un balcón de la Puerta del Sol, fundidos en un abrazo. A partir de entonces, acudieron a muchos actos juntos, dando la sensación de una diarquía, comenzando la prensa a tildarles como los “dos cónsules”.

Comenzó de esta manera el Bienio Progresista (1854-1856) que se asentó sobre una llamativa inestabilidad ministerial, que derrumbaba gobiernos y ministros con preocupante celeridad. Espartero volvió a cometer los mismos errores que caracterizaron su anterior regencia: se desembarazó de los principales líderes del progresismo y creó gabinetes de mediocridades fieles, aunque nombró ministro de la Guerra a Leopoldo O'Donnell. Le había ofrecido la capitánía general de Cuba en primer lugar, luego el ministerio de Estado y, tras su rechazo, el de Marina, pero finalmente, entendiéndolo mejor sus negativas, no tuvo más remedio que concederle lo que no deseaba entregarle: el control del Ejército<sup>19</sup>.

El 12 de diciembre de 1854, la emperatriz Eugenia escribió al duque de Alba

---

<sup>18</sup> Carta al duque de Alba, 18 de julio de 1854, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 166.

<sup>19</sup> Antonio Manuel MORAL RONCAL, *O'Donnell, en busca del centro político*, Madrid: Gota a gota, 2017, p. 69-71.

una carta donde se deduce que hacía semanas que le había encargado una misión cerca, precisamente, del ministro O'Donnell: conocer su disposición ante la posibilidad de enviar un cuerpo militar de voluntarios a la guerra de Crimea. Idea cuya autoría se adjudicó, aunque se enmarcaba en la alianza franco-británica. Napoleón III reveló a su esposa que el premier lord Palmerston, preocupado por el impasse del sitio de Sebastopol y por la necesidad de enviar refuerzos militares, había pensado en solicitar al reino de Piamonte-Cerdeña el envío de tropas, e incluso de voluntarios suizos, lo cual resultaba más improbable, teniendo en cuenta que sus contingentes eran pagados por Londres. Tanto para la reina Victoria como para el César francés, la guerra contra Rusia no era tan sólo un compromiso lejano para retrasar fronteras geográficas o ampliar el territorio: era un conflicto bélico europeo contra un imperio que mantenía bajo su tutela a unas poblaciones que deseaban librarse de la misma, facilitando su liberación, bajo nuevas ideas de generosidad y de justicia. Como señala Jean de Cars, el terreno favorito de Napoleón II era el de las ideas<sup>20</sup>, por lo que en sus discursos no dejaba de insistir en la lucha en nombre del derecho de los pueblos, es decir, en la extensión del nacionalismo, que había nacido en Francia bajo la revolución de 1789. Eugenia, ante la propuesta británica, reaccionó preguntándose sobre la posibilidad de solicitar esa ayuda militar a su propia patria:

“Entonces se me ocurrió decir: ¿Y por qué no en España? Los soldados son allí sobrios y valientes y no dudo que harán su papel, al lado de los nuestros. La idea agradó al emperador; habló de ella a Lord Palmerston, que la aprobó (...).<sup>21</sup>”

Napoleón III encomendó a su esposa el sondeo del gobierno español, con la mayor discreción, para que la empresa conservase un carácter oficioso, pero no oficial, al menos hasta saber la acogida que tendría la idea. Una misión arriesgada porque, por una parte, España todavía se resarcía de la situación revolucionaria del verano, plena de pronunciamientos y sublevaciones pero, por otra parte, resultaba necesario actuar rápidamente, teniendo en cuenta que si bien los corresponsales de prensa franceses en Crimea estaban sometidos a censura por su gobierno, no lo eran los británicos, que no dejaban de denunciar las penosas condiciones de los soldados, atrincherados y estancados en un conflicto para el cual muchos no se encontraban preparados, ni la misma opinión pública inglesa.

Para contactar con algunos ministros, Eugenia actuó sin necesidad de viajar a Madrid, confiando en que su cuñado tantease sobre la disposición de ánimos de O'Donnell, ministro de la Guerra, en caso de presentarse la oferta de ayuda

<sup>20</sup> Jean DES CARS, *Eugenia de Montijo...*, p.186-190.

<sup>21</sup> Carta al duque de Alba, 12 de diciembre de 1854, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 171.

de forma oficial. La misión no debía dejar ningún rastro documental, por eso le dijo al duque de Alba: “*Puedes leer mi carta a O’Donnell, pero a él solo, y luego puedes quemarla o guardarla, como quieras, pero no se la dejes; léesela tú*”<sup>1</sup>. Además, Eugenia le pidió que el gobierno español no comunicara nada de esta propuesta a los embajadores británico y francés, pues no deseaba que pensarán que había ido más lejos de lo que debía.

Los principales motivos que la llevaron a obrar de esa manera, según sus propias palabras, fueron su profundo cariño hacia España y su sufrimiento al comprobar su caída a la posición de tercera potencia. No culpaba a nadie en especial, ni se sentía inclinada a favorecer partidos, pero se debía ser realista en esta cuestión. Hasta el más pequeño estado alemán se había manifestado públicamente ante la cuestión de Oriente, pero ningún gobierno europeo había reclamado la opinión española. Efectivamente, había sido así, pero ya el marqués de Viluma, embajador en París, había señalado, el año anterior, que ese desdén diplomático podía ser una baza interesante, pues permitía a España mantener una postura de alejamiento y neutralidad<sup>2</sup>.

“¿Teméis una intervención? Debéis temer más bien el olvido profundo en que os dejan. No tenéis voz ni voto: ya no estáis en la segunda categoría: habéis descendido a la tercera, porque en 1814 todavía representabais algo. Vuestro representante se ocupaba, como los demás, de las cuestiones de Europa<sup>3</sup>. Ahora, ya ves, ni os piden vuestra opinión; pero mientras tanto los periodistas españoles gritan contra una intervención imaginaria, en tanto que otros se regocijan de poder hacer el diablo a cuatro miembros mientras que Europa entera está ocupada en otras cosas.”<sup>4</sup>

Eugenia, a continuación, desveló a su cuñado que, realmente, lo que deseaba era que los soldados españoles lucharan al lado de la bandera de Francia, pues, en su opinión, el orgullo nacional se rebelaría ante la idea de convertirse en mercenarios a sueldo de los británicos. Por ello, había aconsejado a Napoleón III que invitara al gobierno español a firmar una alianza, en pie de igualdad con otras grandes potencias. Y apun-

<sup>1</sup> *Ibid.*, p. 173.

<sup>2</sup> Viluma, a pesar de su oposición a que España se viera implicada en el conflicto, reflexionó sobre la posibilidad de que tanto Napoleón III como lord Palmerston solicitaran la colaboración española. Sería entonces, si se considerase oportuno, el momento de acceder, en su opinión, pero no sin antes pedir una declaración de mutua garantía de todas las posesiones ultramarinas a las tres potencias aliadas. De esa manera se garantizaría la defensa de Cuba y merecería algún sacrificio la entrada en guerra. Archivo General de la Administración [AGA], fondos de AMAE, Turquía, Política, leg. 2692, informe del marqués de Viluma, 31 de octubre de 1853. Citado por María Teresa MENCHÉN, “La neutralidad española...”, p. 90.

<sup>3</sup> Alusión al marqués de Labrador, representante diplomático de España en el Congreso de Viena (1814-1815).

<sup>4</sup> Carta al duque de Alba, 12 de diciembre de 1854, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 172.

tó, “*si firma España, ya no será ella sola la que tendrá que defender a Cuba, sino todos nosotros, porque la firma nos compromete*”. Con ello, ganaría más de lo que expondría, aumentaría su influencia y crédito internacional, ya que se la tendría en cuenta en el concierto de las potencias. Con ello, la emperatriz ponía el dedo en la llaga: efectivamente, lo que más preocupaba a la diplomacia española, en materia exterior, era la defensa de los restos del imperio en el mar Caribe. Se conocía y se temía el expansionismo norteamericano sobre Cuba, que había mostrado sus intentos de anexión de la isla -o al menos de ayuda a la sublevación de los nativos- permitiendo acciones filibusteras desde los puertos del sur estadounidense. La mayoría se habían rechazado a costa de una fuerte represión, que había provocado la denuncia de la misma por la prensa europea. España intentaba defender Cuba y Puerto Rico manteniendo una diplomacia favorable con Gran Bretaña y Francia, de forma equilibrada, pues también eran conocidas las ambiciones británicas sobre esas islas. Tanto moderados como progresistas se mostraron de acuerdo en esta defensa de las Antillas. En este sentido, Eugenia aseguró a su cuñado que el gobierno español no debía temer una repetición de la guerra de la Independencia o la llegada al trono de San Fernando de la dinastía Bonaparte. Su marido deseaba -le aseguró- el bien de España, comprometiéndose sobre todo si su concurso podía arrastrar también el del gobierno británico.

“Pero ese es un sueño que tal vez no se realice: sois demasiado desconfiados: no podéis comprender que pasaron ya los tiempos de tener celos de España, y que se la tiene benevolencia porque ya no se la teme.”<sup>5</sup>”

Finalmente, la emperatriz aconsejó que, en caso de que el plan fuera aprobado, no se hiciera un mal papel en Crimea, por ello se debía cuidar el envío de soldados, y sobre todo de oficiales, que dejaran bien alto el pabellón nacional<sup>6</sup>. Lo que ella ignoraba era que, antes de su propia iniciativa, la idea había sido ya presentada, en el mes de noviembre de 1854, por el ministro de Relaciones Exteriores británico, lord Clarendon, al embajador español, Antonio González y González, marqués de Valdeterrazo, miembro del Partido Progresista. Clarendon le comunicó que, tras la batalla de Inkerman -victoria aliada lograda el día 5 de noviembre- el ejército británico había quedado bastante reducido y necesitaba, en consecuencia, realizar importantes reclutamientos<sup>7</sup>. Los refuerzos que salían de Gibraltar, Malta y las

<sup>5</sup> Carta al duque de Alba, 12 de diciembre de 1854, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 172.

<sup>6</sup> También recomendó a su cuñado que no la respondiera mediante un correo urgente cifrado, pues eso sólo conseguía llamar la atención de los descifradores y espías. *Ibidem*.

<sup>7</sup> No era la primera vez en que se realizaba una petición británica, que rompía la rigidez de la neutralidad española. A mediados de 1854, lord Clarendon había solicitado autorización a Madrid para comprar un importante número de mulas con destino al ejército en Crimea. Por ese motivo llegó a España una comisión militar para realizar la adquisición de las mismas y su embarque. Como ello se quebraba, a ojos del capitán general de Cataluña, la postura oficial de neutralidad, por lo que consultó el asunto con el recién estrenado gobierno revolucionario progresista que ordenó

islas Jónicas resultaban insuficientes, por lo que se necesitaban más hombres. Por ello había pensado en buscar apoyo entre países amigos como España. Clarendon afirmó que, conociendo las dificultades por las que España atravesaba tras la revolución de julio, en caso de no poder participar directamente, sería de gran utilidad para el gobierno británico que se le permitiese reclutar 10.000 españoles, a los que dotaría de uniformes y armamento a su costa para enviarlos, con oficiales españoles, al frente de Crimea. El embajador español contestó negativamente a tal petición, aduciendo que España se había visto obligada a reducir su ejército y a concentrar sus esfuerzos en asuntos interiores que favorecieran la estabilidad, como posibles maniobras de alzamientos carlistas que, se sospechaba, pudieran tener apoyo ruso. La reducción de las fuerzas armadas era consecuencia de la victoria revolucionaria y de las promesas de ascensos y condecoraciones realizadas por O'Donnell a todos los oficiales que le habían apoyado, así como de la reducción a dos años del servicio a la tropa, lo que había sido aprobado por un decreto del mes de agosto. El resto de fuerzas militares resultaban vitales para la defensa de sus dominios, por lo que, debido a esta serie de circunstancias, España no podía participar en esa recluta, que rompía claramente su postura de imparcialidad, aunque fuera una neutralidad favorable a los aliados, cuya victoria sería apreciada por el gobierno español<sup>8</sup>.

El proyecto de la emperatriz fracasó como la presión británica. La prensa española, especialmente *La Época* y *La España*, lo difundieron en sus páginas, llegando a ser de conocimiento público, no por indiscreción del duque de Alba ni de Eugenia -como ella llegó a temer- sino del embajador francés, marqués de Turgot, que también trató del mismo con el ministro de Estado, el cual lo llevó al consejo de ministros<sup>9</sup>. El gabinete español concluyó que, si se solicitara oficialmente la autorización de la recluta, se contestase negativamente, alegando que ni la milicia nacional, ni los alistamientos para luchar contra los insurgentes americanos, ni la recluta realizada con motivo de la expedición a los Estado Pontificios en 1849 habían logrado nunca un considerable número de voluntarios. El 7 de enero

---

que se dieran a los comisionados ingleses todas las facilidades para cumplir su misión. Meses más tarde fueron caballos lo que el gobierno británico se propuso adquirir en España pero, esta vez, la petición no fue aceptada, ante la escasez de los mismos para abastecer al propio ejército español. Asimismo, Londres solicitó a Madrid que no permitiera la cotización del nuevo empréstito ruso, en unos momentos en que su economía atravesaba serias dificultades, en agosto de 1854. María Teresa MENCHÉN, "La neutralidad española...", pp. 108-109.

<sup>8</sup> En el mes de julio de 1854, España había tomado una decisión que confirmaba su inclinación hacia los aliados. Invitada confidencialmente a firmar un tratado firmado por Estados Unidos y Rusia en relación con los derechos de los neutrales en torno al comercio internacional, Madrid renunció basándose en la ausencia de relaciones diplomáticas con una Rusia que no había aun reconocido oficialmente a Isabel II. *Ibid.*, p. 110.

<sup>9</sup> No obstante, no existe ninguna anotación o conclusión en las actas del mismo entre noviembre de 1854 y junio de 1855. *Actas del Consejo de Ministros. Isabel II y la Primera República*, tomo X, Madrid: Ministerio de la Presidencia, 1996.

de 1855, la emperatriz escribió al duque de Alba agradeciéndole sus gestiones, aunque fueran finalmente infructuosas en España: “*las envidias rateras la hacen siempre perder los grandes medios de salvación del país*”<sup>10</sup>. Tal vez Eugenia hubiera deseado que en España hubiera habido un Cavour que se hubiera dado cuenta de la decisiva apuesta política que suponía, a nivel internacional, entrar en la coalición de los aliados.

Jean de Cars, William Smith y, más recientemente, Maxime Michelet han analizado las intervenciones de la emperatriz Eugenia enmarcándolas en su labor como consejera, promovida y aceptada por el propio Napoleón III, que no menospreció la posibilidad de lograr la intervención española mediante cualquier medio, incluso con aquellos al alcance de su esposa<sup>11</sup>. Por el contrario, Nancy Nichols Barker menospreció la actuación de Eugenia, sugiriendo que su marido había aceptado que escribiera al duque de Alba simplemente para complacer a su esposa, como un capricho más que le concedía. De esa manera, consideró esta gestión como uno más de los fracasos personales de la emperatriz en política exterior y de sus esfuerzos por reforzar el régimen isabelino en España<sup>12</sup>. Visiones que, no obstante, todas ellas tiene en común la falta de investigación profunda en los archivos diplomáticos españoles, que explican mejor la continua negativa de Madrid a romper la neutralidad ante las presiones tanto de Francia como de Gran Bretaña, independientemente de su origen<sup>13</sup>.

Por otra parte, cabe recordar que su fracaso no significó que no participaran españoles en las fuerzas militares aliadas, pues unos 900 se alistaron en el primer y segundo regimiento francés de extranjeros, que llegaron a sumar 4.500 soldados. La mayoría eran carlistas exiliados, con experiencia bélica, pero cuya situación de pobreza les llevó a aceptar su alistamiento. Participaron en las batallas de Alma y en el sitio de Sebastopol<sup>14</sup>.

---

<sup>10</sup> Carta al duque de Alba, 7 de enero de 1855, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 174.

<sup>11</sup> Maxime MICHELET, *L'imperatrice Eugénie: un vie politique*, París: Cerf, 2020.

<sup>12</sup> Nancy Nichols BARKER, *Distaff diplomacy. The empress Eugénie and the Foreign Policy of the Second Empire*, Austin: University of Texas Press, 1967, p. 119-121. Agradezco a Alejandro Espejo su aviso sobre la existencia de este estudio.

<sup>13</sup> Barker analizó la documentación de las relaciones diplomáticas franco-españolas durante la guerra de Crimea, existentes, en aquella época, en el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid. Pero no investigó los conservados en la secciones de Turquía y Gran Bretaña, dentro del mismo archivo, que contienen numerosa documentación sobre la guerra de Crimea y la posición española, como si analizó María Teresa Menchén en su artículo.

<sup>14</sup> Analizan este hecho José Enrique LÓPEZ JIMÉNEZ, “Españoles en la guerra de Crimea”, *Ejército*, 834 (2010), p. 104-109; Juan PANDO DESPIERTO, “Españoles en Oriente: campañas del Danubio y Crimea”, *Revista de Historia Militar*, 62 (1987) p. 93-148.

## PRESIONAR HASTA EL FINAL

Como había deseado Lord Palmerston, el reino de Piamonte-Cerdeña se incorporó a los aliados contra el Imperio ruso, en pie de igualdad, en enero de 1855. Su alianza supuso el envío de 15.000 soldados al frente de Crimea. Turín esperó conseguir el apoyo de las otras potencias a sus deseos expansionistas en la península italiana, pues su incorporación a la alianza había servido de intimidación al Imperio austriaco. Sin embargo, Francia y Gran Bretaña, secretamente, aseguraron a Viena que si les apoyaba contra Rusia, se opondrían a los planes sardos sobre Italia. El 21 de noviembre sería Suecia quien declararía la guerra al zar.

El ministro de Relaciones Exteriores francés, aprovechando la incorporación sarda, intento presionar al gobierno español para que entrara en la guerra, manifestando la buena voluntad de París a las peticiones de Madrid, frente a la falta de aspiraciones y decisión de la política exterior española. Se le respondió solicitando mayores garantías, con la firma de un tratado, sobre las posesiones ultramarinas. Tal vez como consecuencia de la entrada del Piamonte, el gobierno español, en el mes de febrero de 1855, se planteó el envío de 20.000 soldados a Oriente, al mando del general Zabala, como se desprende de la documentación diplomática. Pero, nuevamente, se mantuvo la neutralidad española, pues nada se apuntó en las actas del Consejo de Ministros.

Por aquel tiempo, Napoleón III y Eugenia planearon presentarse en Constantinopla y, desde allí, navegar hacia Crimea, para hacerse presentes ante los soldados que peleaban bajo pabellón francés. Un Napoleón debía ir, por tradición, al frente. Los ministros, sin embargo, no se mostraron en absoluto de acuerdo: el régimen imperial apenas tenía unos años, no se contaba con un heredero directo y la vida del emperador no podía arriesgarse ni dejar París sin su presencia, lo cual podía impulsar las conspiraciones revolucionarias. El senador Próspero Mérimée, amigo de la familia Guzmán, aconsejó a Eugenia y a su madre que no se hiciera realidad ese peligroso viaje. El 22 de marzo, la emperatriz escribía a su hermana esperanzada, pues pensaba que en el mes siguiente embarcaría hacia Oriente<sup>15</sup>. Sin embargo, Londres dificultó cuanto pudo ese viaje de los emperadores: si el soberano francés llegaba a Crimea, dirigía las tropas aliadas y vencía, confirmaría la criticada incompetencia de los generales británicos -denunciada por su propia prensa- y sería un Bonaparte el que aparecería a la cabeza de las fuerzas inglesas. Por ello, la reina Victoria invitó a los emperadores a Londres en el mes de abril, que tuvieron

---

<sup>15</sup> Carta a la duquesa de Alba, 22 de marzo de 1855, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 175.



que corresponder en agosto con otra invitación, por lo que finalmente el viaje a Crimea no se realizó.

En el mes de julio, el ministro de la guerra, O'Donnell envió una segunda comisión de observadores cerca de los aliados -tras la dirigida por Prim- dos de los cuales, oficiales de ingenieros, capitán Tomás O'Ryan y teniente Andrés Villalón presentarían un informe a sus superiores titulado *Memoria sobre el viaje militar a la Crimea*<sup>16</sup>. A finales del mismo mes, con motivo de la estancia de Napoleón III en Biarritz, el gobierno español decidió enviar al general Juan Zabala de la Puente, ministro de Estado, para felicitarle. Al tratarse esta iniciativa en consejo de ministros, O'Donnell reveló a sus compañeros de gabinete que el embajador francés, nuevamente, le había presionado para que España interviniera en Crimea. Si bien eran "indicaciones confidenciales y amistosas, sin carácter oficial", los ministros volvieron a manifestarse contrarios al envío de un solo soldado, armas o dinero a esa guerra. Pero, como había que actuar con delicadeza, tanto O'Donnell como Alonso Martínez indicaron la necesidad de que Zabala actuara con sagacidad ante el emperador, si preguntaba sobre el mismo asunto. Dejaron muy claro su temor a que Francia y Gran Bretaña derribaran al actual gobierno, facilitando la formación de otro, al que creyeran capaz de prestarles la ayuda que el actual se negaba a conceder<sup>17</sup>.

Durante los meses de agosto y septiembre fue Gran Bretaña quien insistió de nuevo en la necesidad de la entrada de España en la alianza, pero las respuestas de Madrid fueron las mismas que en ocasiones anteriores. En esa época, la emperatriz Eugenia comentaba a su hermana:

“Hasta ahora, las noticias de Turquía son buenas: nada ha empezado, todo va muy despacio, pero es mejor así porque el primer golpe debe ser seguro. En fin, estamos en un momento bien decisivo, y yo querría verme ya en el año que viene, aunque esto me envejezca.”<sup>18</sup>

En agosto, el ejército del zar sitiado en Sebastopol salió de la ciudad en busca de provisiones, pues los aliados habían destruido sus almacenes de reservas y

<sup>16</sup> Tomás O'Ryan (1821-1902) fue agregado al cuartel general francés, asistiendo con otros compañeros, como el teniente coronel de artillería José López Domínguez, al sitio de Sebastopol, y concurrió a la batalla de Tchernáia (16 de agosto de 1855), al asalto a la torre de Malakoff (8 de septiembre) y a la toma de -Sebastopol, tras lo cual se le otorgó el rango de oficial de la Legión de Honor, caballero de tercera clase de la Orden Imperial de Medjidié, medalla de la reina de Gran Bretaña a los ejércitos de Crimea y el ascenso efectivo a coronel con fecha 11 de abril de 1856, tras un informe favorable del mariscal Pellissier al gobierno español. Su memoria fue editada en Madrid, en la imprenta del memorial de ingenieros en 1861, como se comprueba en AHN, Archivo de la Nobleza, Toledo, Mendigorria, CP 291, D 13.

<sup>17</sup> Acta de 29 de julio de 1855, *Actas del Consejo de Ministros...*, p. 259-260.

<sup>18</sup> Carta a la duquesa de Alba, julio de 1855, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 179.

el cañoneo de miles de proyectiles estaba destruyendo sus defensas y acabando con su moral. Sin embargo, no consiguieron su objetivo y fuerzas francesas derrotaron a 60.000 soldados rusos en el río Chernaya, cuyo objetivo era ayudar a los sitiados. El ánimo entre los aliados creció y aumentó optimistamente cuando se conoció que se había interceptado una carta del zar donde admitía la pérdida de la ciudad. Sebastopol fue abandonada por los rusos el 11 de septiembre. Se produjeron nuevas presiones británicas sobre la embajada española que no provocaron ningún cambio en la actitud del gobierno de Madrid, pese a que todas las potencias creyeron cercano el fin del conflicto. Sin embargo, el nuevo zar Alejandro II -Nicolás I había muerto el 2 de marzo- se negó a entablar negociaciones de paz hasta conseguir una ciudad que compensara la caída de Sebastopol, lográndolo con la toma de Kars en la Georgia otomana, el 22 de octubre. A comienzos de 1856 comenzaron las reuniones para acordar los términos de la paz entre las potencias, llegando al acuerdo y firma el 30 de marzo en París<sup>19</sup>.

Numerosos factores pueden explicar el mantenimiento de la posición defendida por España desde 1853. En primer lugar, las críticas de la prensa a la ruptura de la misma y al envío de tropas, teniendo en cuenta el deplorable estado de la Hacienda, la reducción de fuerzas militares, la posibilidad de enviar soldados bisoños mal entrenados al frente -siendo carne de cañón- que no podrían competir con los ejércitos extranjeros. En cuanto a material, la escasez era real, faltando una artillería moderna y medios adecuados de transporte. Todo ello, en tiempos de construcción de la Nación Liberal, dañaría la dignidad nacional, al tener que enviar soldados a expensas de otras potencias europeas, lo que convertiría -según la prensa de la época- a los soldados españoles en mercenarios, con una preparación tan deficiente que era motivo más que suficiente para no ser enviados. La prensa gubernamental -es decir, la progresista- observó con simpatía la causa de los aliados y su probable triunfo, pero manifestó su temor ante una posible intervención española. En todo caso, se podría enviar tropas que sustituyeran a las francesas que se encontraban protegiendo los Estados Pontificios, para que Napoleón III pudiera utilizar las propias en Crimea.

Además, los beneficios económicos también aconsejaron el mantenimiento de la neutralidad, punto en que coincidieron moderados y progresistas. No sólo

---

<sup>19</sup> Durante esos meses, Eugenia tuvo que actuar como anfitriona de los plenipotenciarios reunidos en París para arreglar los términos de la paz, a pesar de faltarle sólo un mes para dar a luz al príncipe imperial. Como comentó a su hermana: “*temo que las comidas y los conciertos no me sienten muy bien, sobre todo faltándome sólo un mes para acabar. Es muy fastidioso estar siempre en público y no tener nunca derecho a estar enfermo*”. Carta a la duquesa de Alba, 14 de febrero de 1856, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 183.

la agricultura fue un sector beneficiado sino que también afectó a la inversión industrial y a la balanza comercial que fue favorable en el trienio 1853-1855. La guerra de Crimea provocó una gran exportación de cereales, dejando desabastecido el mercado interior. Por otra parte, la opinión pública española se mostró contraria a la entrada en guerra, ante la cruda descripción de la mala situación de los soldados aliados en el frente oriental que divulgó la prensa, copiando a la británica. En este sentido, el gobierno progresista decidió no jugarse su permanencia en el poder por una intervención bélica, aunque finalmente, según algunos historiadores lo hizo, al gestionar deficientemente la subida de precios del grano, la pérdida de poder adquisitivo de los grupos sociales humildes cuyos sueldos no crecieron al mismo ritmo, lo que provocó -entre otros factores- el final del Bienio Progresista<sup>20</sup>.

El intento de la emperatriz Eugenia por impulsar a España al gran concierto de las potencias europeas, para ser considerada por el resto de cancillerías extranjeras como una nación que estaba resurgiendo de un periodo de crisis, le dejó el amargo sabor del fracaso. Sin embargo, tanto ella como su marido o los ministros británicos apenas comprendieron los motivos que llevaron al gobierno español a mantener hasta el final su neutralidad.

A partir de entonces, y tras la experiencia de la guerra de Crimea, Eugenia se mostró, en muchas ocasiones, a favor de la paz. Así ocurrió con ocasión de la crisis con Austria en 1859 y, durante la campaña franco-prusiana de 1870, durante la cual no dudó en escribir a sus sobrinos españoles “*¡Es espantosa la guerra!*”<sup>21</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

- Actas del Consejo de Ministros. Isabel II y la Primera República*, tomo X, Madrid: Ministerio de la Presidencia, 1996.
- Nancy Nichols BARKER, *Distaff diplomacy. The empress Eugénie and the Foreign Policy of the Second Empire*, Austin: University of Texas Press, 1967.
- Jacques Olivier BOUDON (dir.), *La cour impériale sous le Premier et Second Empire*, Paris: SPM, 2016.

<sup>20</sup> María Teresa MENCHÉN, “La neutralidad española...”, pp. 115-117. Posteriormente, el eco de la cuestión de Oriente fue retomado ante el conflicto hispano-marroquí de 1859-1860, desde todos los puntos de vista, incluido el cultural como analiza María SALGUES, “Paseando por la dramaturgia de la guerra de Crimea: ¿un ensayo general de la guerra de África?”, *Historia y Política*, 29 (2013) p. 139-157.

<sup>21</sup> En 1859, el conde Waleswski, ministro francés de Relaciones Extranjeras, en una conversación con el embajador austriaco, barón Hubner le reveló claramente que la emperatriz no era, en absoluto, partidaria de la guerra y que emplearía, en este sentido, toda su influencia sobre su marido para evitarla. Eugenia escribió a su hermana, el 8 de febrero de 1859, confirmando su posición pacifista ante la crisis con Viena por la cuestión de los territorios italianos. *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 216 y 281.

- Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*. Prólogos del duque de Alba y de Gabriel Hanotoux. Guión biográfico, comentarios y notas de Félix de Llanos y Torriglia. Traducción de Fernando Paz. Barcelona: Iberia, 1944.
- Jean DES CARS, *Eugenia de Montijo, la última emperatriz*, Barcelona: Ariel, 2003 .
- Emilio DE DIEGO, “La guerra de Crimea: la segunda gran remodelación internacional del ochocientos” en Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de Pazzis (dirs.), *La guerra en el arte*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2017, p. 585-611.
- Orlando FIGES, *Crimea. La primera gran guerra*, Barcelona: Edhasa, 2018.
- Francisco Javier GONZÁLEZ MARTÍN, “La guerra de Crimea y la Paz de París (1852-1856)”, *Historia* 16, 373 (2007) p. 78-97.
- Guillermo GORTÁZAR (ed.), *Bajo el dios Augusto. El oficio de historiador ante los guardianes parciales de la Historia*, Madrid: Unión Editorial, 2017.
- conde HUBNER, *Neufs ans de souvenirs d'un ambassadeur d'Autriche à Paris*, París: Plon, 1904.
- José Enrique LÓPEZ JIMÉNEZ, “Españoles en la guerra de Crimea”, *Ejército*, 834 (2010), p. 104-109.
- Xavier MAUDUIT, *Le ministère du faste: la Maison de l'empereur Napoléon III*, Paris: Fayard, 2012.
- María Teresa MENCHÉN, “La neutralidad española ante la guerra de Crimea”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 4 (1983) p. 79-117.
- Luis MARIÑAS OTERO, “España ante la guerra de Crimea”, *Hispania*, vol. 26, n. 103 (1966), p. 410-446.
- Maxime MICHELET, *L'imperatrice Eugénie: un vie politique*, París: Cerf, 2020.
- Antonio Manuel MORAL RONCAL, *O'Donnell, en busca del centro político*, Madrid: Gota a gota, 2017.
- Juan PANDO DESPIERTO, “Españoles en Oriente: campañas del Danubio y Crimea”, *Revista de Historia Militar*, 62 (1987) p. 93-148.
- Juan PRIM, *Memoria sobre el viaje militar a Oriente presentada al gobierno de Su Majestad*, Madrid: Imprenta de Tejado, 1855.
- Alfredo REDONDO y Daniel PIÑOL, “El general Prim en la guerra de Crimea, 1853-1854” en Francisco José Corpas et al. (dirs.), *La era isabelina y la revolución, 1843-1875. Actas de las XII Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Madrid: Cátedra general Castaños, 2009, p. 120-137.
- Ramón SALCEDO OLID, *Ramón María Narváez (1799-1868)*, Madrid: Homolegens, 2012.
- María SALGUES, “Paseando por la dramaturgia de la guerra de Crimea: ¿un ensayo general de la guerra de África?”, *Historia y Política*, 29 (2013) p. 139-157.
- Charles Éloi VIAL, *Les deniers feux de la Monarchie. La cour au siècle des révolutions, 1789-1870*, Paris: Perrin, 2016.
- William SMITH, *Eugenia de Montijo*, Madrid: Espasa-Calpe, 1990.